

Mariano Latorre

Elogio de Chiloé

EL HOMBRE.—EL PAISAJE



Al llegar Ercilla el año 1558 a la orilla del Canal de Chacao, se imaginó que pisaba el borde del continente sud-americano. Así lo dice en «La Araucana» y en unas estrofas célebres.

El error es explicable, si tomamos en cuenta los vagos conocimientos geográficos de aquel tiempo y en mundos apenas explorados. Durante muchos días, el poeta y sus compañeros estuvieron perdidos en la selva virgen de la costa, enmarañada por quilas y boquis y en cuyo subsuelo fangoso enormes troncos podridos dificultaban la marcha.

El cansancio y el hambre multiplicaron las horas y dilataron las leguas recorridas tan penosamente. Al detenerse una tarde de Febrero, junto al terso espejo del canal de Chacao, barnizado de azules reflejos metálicos, era natural que los expedicionarios creyeran haber llegado al estrecho de Magallanes, al límite extremo de la América del Sur.

Recuerda, en realidad, el canal de Chacao al estrecho y la silueta obscura de las islas, borroncando el horizonte podían muy bien representar a la Tierra del Fuego y a las islas que montan guardia en la boca occidental del Estrecho de Magallanes. Eso sí, bajo un cielo más benigno y en unas aguas menos traidoras.

En estas islas iba a nacer un nuevo Chile y una raza nueva con características psicológicas diversas a las del criollo continental, pero muy semejante en las modalidades de su evolución social.

Las emigraciones anuales que empujaron a los campesinos del Norte a las salitreras, recuerdan las de los campesinos de Ñuble y de Chiloé a las selvas de Cautín y de Valdivia, y más tarde, a Aysen y Magallanes.

Ese joven de risueña faz, de piel casi blanca y cabello crespo, que saluda afectuosamente a los españoles y les ofrece los mariscos y frutos que lleva en su piragua, es un caso individual de lo que colectivamente representarán los chilotes para los conquistadores: aliados sumisos, guías insuperables en sus nuevos descubrimientos, callados servidores de las encomiendas, que van a desposeerlos, sin embargo, de la tierra de sus antepasados.

Una nueva etapa se inicia para esos isleños vestidos de blancas túnicas, desde el instante en que el pequeño barco deslastrado de Ercilla, una piragua quizá, clavó su proa en la arena de la isla Grande. La pérdida de su libertad y del dominio de su suelo, nada menos.

Era el chilote un marino nato. Esta cualidad no ha variado. Al contrario, se desarrolló en tal forma, al mezclarse con el conquistador, que hoy es un marinero y un piloto del cual no pueden prescindir la marina Mercante y la Marina de Guerra de Chile.

Su dominio de los vientos y de las corrientes, diabólicamente enredados entre los canales y angusturas, el hábil conocimiento de los senderos de las selvas más espesas (los alerzales y cipreses de las islas y de las cordilleras conocen el filo de sus hachas), su lucha constante contra el mar, bajo un cielo entoldado de nubes y en una tierra eternamente húmeda, lo tallaron en indestructible roca humana, en carne sin fatiga.

Su tenacidad se sobrepone a la miseria y es dueña de los

elementos. Las empresas de los españoles y las colonizaciones de la época republicana, ya fuesen las descabelladas expediciones del Padre Meléndez en busca de la ciudad de los Césares o las modernas fundaciones de Aysen y Magallanes, no habrían sido posible sin su ayuda.

Ercilla no sabía que Chacao, del huiliche *Chagcan*, significa desmembrar y con esa justeza toponímica de los pueblos primitivos, acertaron los isleños con la verdad geológica del archipiélago.

Desmembradas del Continente son todas las islas de Chiloé hasta la península de Taitao, donde el mar venció a la tierra, pues la cordillera de la costa (no otra cosa son las islas) debe continuar sus colinas y sus valles bajo las aguas del Pacífico, mientras su rival, el enorme espinazo andino, prolonga sus cresterías nevadas hasta los mismos peñascos del Cabo de Hornos.

Como un caudal de tierra espesa, densa de humos, corre el valle central entre dos cordilleras. Y ésto es Chile: un valle hondo con un muro de volcanes por el Oriente y unas lomas, a veces boscosas, al Oeste, que los ríos cordilleranos han tajado con su filo de aguas correntosas para llegar al Océano.

Y si el Norte, más allá de Copiapó, en el desierto de la pampa, es un mar solevantado; en el Sur, es el mar el que ha ocupado los valles con el tumulto de sus mareas.

Catástrofe prehistórica que evoca una bella leyenda del mar, contada en su crónica colonial por el Padre Rosales.

Cai Cai, en mapuche señor del mar, es un cerro de la costa occidental de Chiloé y Ten Ten, señor de la Tierra, es otro cerro de las Islas Chauques.

Cai Cai y Ten Ten son dos culebras. La primera contenía el ímpetu de las aguas del mar, pero, irritada un día, dejó que el Océano inundara con sus olas embravecidas los valles y asaltara las colinas habitadas. Los hombres debieron su sal-

vacación sólo a la fuerza antagónica de la culebra Ten Ten que detuvo las aguas desbordadas.

Leyenda que evoca el diluvio bíblico y como el otro, es un resto alegórico de la época glacial.

Pero lo que se perdió en tierra fértil, se ganó en salvaje belleza natural. Ahora es el Océano el que va a chocar con sus olas vencedoras en el granito de los Andes. De ahí, el bravío encanto de los estuarios cordilleranos, cuyas bocas el mar ha modelado a su antojo, formando en la quietud de sus orillas boscosas, verdaderos fiords como los de Noruega o rías apacibles como las de Galicia, en cuyo fondo fermenta la vida animal. Asoaman su cabeza húmeda sobre el agua las nutrias esquivas, parte con la hoja flexible de su cuerpo el robalo el espejo del remanso o culebrea el congrio rojo, el pescado del diablo de los chilotes, en sus márgenes fangosas, donde los bancos de choros y quelmahues, forman verdaderos muros de mariscos.

Es un abrazo cósmico entre la cordillera y el Océano. En sus crecientes rumorosas, el mar va a despertar a la selva virgen aletargada y más al sur, en Taitao y Magallanes, tiene contacto con las nieves eternas, acumuladas en ventisqueros, sobrevivientes de la infancia de América.

Semejan monstruos, dormidos bajo una túnica de hielo azuloso, pero no lo están. Cada cierto tiempo, la compacta masa de hielo se estremece y en la vasta soledad de los mares australes resuena prolongadamente el estruendo de los bloques despedazados. Los trozos de hielo flotan en las aguas hasta que la vaciante los atrae con su poderosa fuerza succionadora y los témpanos, de formas variadas, navegan mar afuera, batidos por las olas como pequeños barcos fantasmas.

Las gaviotas que revolotean sobre ellos, semejan el alma de los albos pedazos de hielo, repentinamente corporizada.

En los buenos días estivales, azul y oro chilotes, suele divisarse desde las islas el perfil de la cordillera de Los Andes, acer-

cado por la cristalina limpidez del aire. En el raso suave del cielo se estampa la joroba angulosa del Corcovado o la tetradentada cumbre del Melimoyo y entonces, para un chileno del Continente, tras esas colinas redondas que cuadriculan los papales y las sementeras, está, no el Océano Pacífico, esta vez realmente pacificado entre espolones de islas y golfos pintorescos, sino el propio valle central con sus esteros rumoreantes y sus huertos y potreros olorosos.

Un cronista, deriva la palabra Chiloé de *Chili* y *hue*. Algo así como distrito o parte de Chile.

Siempre me ha parecido más exacta la que lo hace nacer de *Chelle*, especie de gaviota y *hue*, lugar. En una palabra, tierra de gaviotas.

Arrastrado por la poética sugerencia de esta etimología huiliche y por mi conocimiento de las costas de la Isla Grande, me imaginé siempre a la isla, rodeada por el blanco y quebrado vuelo de estas pequeñas gaviota.

No tienen los chelles de Chiloé la corpulencia de las gaviotas ni su empaque de señoronas elegantes. Son ágiles y esbeltas. Su grito no es el agrio graznido de la gaviota, sino un pío suave que, a menudo, dominan el viento y el rumor de la marea.

Navegué, en un verano, por la costa de las isla Grande en una de esas goletas veteranas que el mar barniza de moluscos y de sal. Goletas que nacen en cualquier bahía, hijas del bosque cercano y que con sus velas de cuchillo, recorren todos los puertos, cargadas de maderas de ciprés o de alerce y de sacos de papas.

Una tarde, navegábamos contra el sur, debimos fondear en una caleta solitaria. Un muro negro de rocas nos defendía del viento. En la cubierta, en compañía de los callados mari-

neros chilotes, saboreamos esa sabrosa sopa de tacas que llaman *polmay* en las islas.

La noche se infiltró con la aérea tenuidad de un buen sueño, sobre los cerros y sobre el canal. En el cielo lejano, clavaron las estrellas sus puntas de plata. La vaciante cuchicheaba no se qué viejas historias de piratas y de brujos a la goleta que asentía con ligeras inclinaciones de proa.

En el Oriente, el muro blanco de los Andes tornose negro, de un negror de tinta y así, recortado contra el cielo, mostró su lomo roto en puntiagudas aristas y hendeduras de abismo. Comunicaba al horizonte, una sobrecogedora visión de mundo en agonía, de cerros que se desmoronan.

Sólo entonces me dí cuenta de la vida que palpitaba en torno mío. Creí, primero, en los borbotones sedosos de la marea; pero se precisaron, luego, roces de alas, píos dulces de pájaros que se acomodan para dormir. Y en efecto, en una espesa nata de huiros que sobrenadaban a poca distancia de la goleta, hormigucaban millares de chelles, cuya blancura casi luminosa aclaraba en ese punto la doble negrura del huiro y de la noche.

Ni rocas donde dormir tenían los humildes pájaros de Chiloé. Ni altas olas llenas de peces. Sólo quietud misteriosa de selvas, de aguas soñolientas, de huiros entrelazados como una balsa aceitosa en los canales.

Y el recuerdo de estos marineros chatos, de vago mirar, que tripulan goletas y cavan con el hualato los papales, por unas míseras monedas, me vino bruscamente a la memoria. Y pensé en esas casitas cuadradas, cuyas tablas pintan las lluvias de gris que decoran la soledad de las playas y en el bote, también patinado por el mar y por la lluvia, tumbado en la arena o cabeceando, amarrado al sachó como un animal doméstico.

Porque la vida del isleño es triste y sin porvenir.

Hay en el chilote una valentía latente, sin rebeldía exte-

rior, una resolución silenciosa que lo hace vivir en la adusta perspectiva de la vida y del paisaje.

Esta fuerza es la que lo empuja a embarcarse en un velero o en un vapor o dejar en grupos sus casitas de tablas, para ir a las cosechas del trigo en el continente o a las esquilas de Aysen y Magallanes o a las estancias argentinas limítrofes, donde suelen quedarse muchas veces para siempre.

Las islas han formado un tipo de chileno, diverso al del costino con el cual tiene muchos puntos de contacto.

Desde luego, porque el elemento indígena que se mezcló con el español, difiere del indígena continental. Sin embargo, el huiliche es un dialecto del araucano. El huiliche es un invasor reciente que impuso su idioma al viejo pueblo autóctono, del cual descienden payanos y chonos y cuyo origen lejano y misterioso se relaciona con el de las tribus polinésicas, cuyas características marineras y aventureras conservan los chilotes. Sus leyendas mismas, sus mitos antropomórficos conectados con el mar, denotan un pueblo marinero.

Las características primitivas han desaparecido casi, al adaptarse a nuevas costumbres. Que era un pueblo de avanzada cultura, detenido por la conquista española, lo prueban especialmente sus embarcaciones, esas *dalcas* que no eran piraguas de troncos labrados, sino cascos de tablones, muy parecidos a las naves de Occidente y cuya estructura se adaptaba a las condiciones de las mareas en que iban a navegar. Y en tal forma la *dalca* es un avance en la navegación primitiva, que sus principios de flotación se apoyan en los mismos que los botes salvavidas de los tiempos actuales.

La antigüedad de estos chilotes primitivos, se ve en los clanes en que se agrupan, en el sistema de mingas para la pesca o expediciones loberas y sobre todo, en ese sentido matriarcal que es y será la defensa de la familia chilota en las eventualidades de la lucha económica.

La mujer cuida la familia en ausencia del hombre. Es el

guardián del pequeño predio, donde se concentra la harina blanca del *poñi* autóctono o de los pequeños potreros que alimentarán a los bueyes y caballos, cuando la agricultura se desarrolló, después de la llegada de los españoles.

La casa está siempre a la orilla de los canales, la verdadera viabilidad de Chiloé y las playas, donde se instalan los corrales de la pesca tradicional, pululan de peces, negrean de mariscos y de jibias, el abono de las cansadas parcelas.

Es quizá este sentido matriarcal, el que hizo manso al chilote y lo entregó sin lucha al conquistador. Eran pescadores. De aquí su falta de belicosidad.

La dominación española no cambia esencialmente la vida de los chilotes, salvo la constitución inmediata de una casta superior, la del encomendero y la trasfusión de mitos religiosos y de costumbres cristianas, hechas por los misioneros jesuítas y franciscanos.

El chilote acepta la doble tiranía espiritual y material, pero su defensa es el viaje, la aventura, en la cual está latente su deseo de superarse. Emigra en busca de fortuna, como antes en busca de peces y de lobos, para volver después de años y encontrar envejecida a su mujer y grandes a sus hijos y las tablas renegridas de su casa con nuevas patinas de humedad y de tiempo. O emigra para no volver.

Los gobernadores españoles lo convirtieron en soldado o en marinero y lo llevaron a defender en tierras lejanas la lejana causa del rey. Y así, cuando a una mujer se le pregunta donde está su marido, ausente durante años, responderá con voz sin timbre y con los ojos bajos:—P'al Perú, más lejos, para ella el límite del mundo.

Sólo el paisaje de su isla, con sus colinas verdecidas y su espejo de aguas, sus cortinas de lluvia y sus velas infladas, en constante esfuerzo, será el mismo de su niñez y de la niñez de sus abuelos.

Sordamente, pobremente, se multiplican las familias y e

levantan las casas de ciprés y de olivillo y se alinean en calles o se encaraman en zancos, dentro del agua, a manera de un pueblo lacustre. La marea canta su monólogo cósmico bajo el piso de las habitaciones como bajo la quilla de un barco.

Así nacieron: Ancud, Castro, Quemchi, Chonchi, Queilén, Quellón y muchos más.

Y en la evolución social, al encomendero sucede el comerciante que lo explota, ahora, con cínica legalidad.

Yerba, azúcar, géneros ordinarios se disciplinan en números mal trazados junto a los Oyarzos, Barrías y Cárcamos de todas las islas, indios o mestizos, que atraviesan el golfo de Corcovado para cruzar la cordillera en sus petizos huiliches, feos y peludos, pero fieles compañeros de peregrinación.

Una noche, la recuerdo como una trágica agua fuerte de las islas, en enormes lanchones, desembarcaban los expedicionarios de vuelta de Llanquihue, Aysen y Magallanes.

Agrias voces de mando, imprecaciones, golpes de cascos en las piedras de la playa, murmullo entrecortado en la orilla, un ajetreo confuso, mal iluminado por las lenguas humeantes de los chonchones. A ratos, la estrella azulada de una linterna que destaca el contorno de una cara barbuda y los rasgos tristes de un rostro de adolescente o el semi sueño de un caballo cansado que no acierta a salvar la borda de la embarcación.

Abrazos. Es una mujer y unos niños que reconocen a su padre. Un saludo frío. Es un chilote que contesta a unas palabras melosas de un tendero, su acreedor.

Los rostros de los que llegan y de los que esperan, no tienen sonrisas. Son duros e impenetrables como sus movimientos fatigados, pero qué maravilloso mundo han creado en su interior, junto al otro áspero y triste.

En los largos inviernos (la lluvia como otra ola que viniera de lo alto azota la armazón de tablas de la casa), junto al brasero de canagua, donde en las brasas de pelú se asan las papas y despiden ese olor tan isleño o en la inmovilidad de las na-

vegaciones, bajo la bóveda transparente de la vela, la imaginación del chilote ha dado forma a un mundo irreal, donde todos han colaborado, chicos y grandes, jóvenes y viejos, a lo largo de los días y de los años.

Es una sociedad colocada fuera del tiempo, pero no del espacio. La habitan seres de prodigio, fantásticas organizaciones que operan en forma arbitraria, fuera de las leyes naturales, pero sometidas a curiosos principios de justicia.

El medio, sin embargo, es el mismo de la cordillera cercana, de los canales y de las islas en Chiloé y las costumbres de esos seres extraterrenos no se diferencian de la de los isleños, ricos y pobres, pero el castigo o el premio de sus malas o buenas acciones, recuerda mucho el concepto bíblico, incorporado por los jesuitas y franciscanos, a través de tres siglos de propaganda.

En el huaso del centro de Chile y en el roto andariego, que también crearon su mitología, donde se resuelven todos los problemas de su vida miserable, los elementos que lo constituyen son fragmentarios y dispersos. No están sometidos a estas curiosas antropomorfizaciones de las leyendas chilotas, entre las cuales la del Caleuche adquiere multiformes variaciones, al adaptarse a la vida de los isleños y al paisaje de las islas.

¿Cuál es el origen de la leyenda del Caleuche?

No es una forma americana del mito del Buque Fantasma de los mares del Norte de Europa, pues se diferencia fundamentalmente de él.

Desde luego, porque el Buque Fantasma carece de tripulación y en su cubierta no hay el menor signo de vida. Aparece entre nieblas espectrales y, sin embargo, navega de día y con su velamen misteriosamente inflado.

El Caleuche o buque de arte es nocturno. Durante el día se cambia en un tronco viejo, botado a la orilla de un estero, en una roca de la playa o en un montón de huiros, movidos por la marea. Su contacto con la tierra no se pierde jamás.

En este sentido, es un chilote nato. Tiene numerosa tripulación, nada menos que todos los marineros que se ahogaron en los naufragios o que desaparecieron de las islas, sin que se tuviese noticias de ellos.

Tiene características sumergibles como un submarino, desaparece en el mar cuando le conviene o se muestra, en las noches, feéricamente iluminado como un trasatlántico moderno. En su cubierta resuenan admirables músicas y damas lujosamente ataviadas, se pasean con los oficiales del buque.

Ha perdido, a través de las innumerables versiones, su característica material. Es elástico y resbaladizo como un pez y sólo adquiere las condiciones de un barco normal, al acercarse a un puerto de la isla. Entonces, las cadenas del ancla resuenan misteriosamente al rodar por los escobenes.

Más que un casco, es el alma del buque la que tiene vida, en realidad. Y en las supersticiones chilotas reemplaza al diablo que, esta vez, se ha convertido en marino. Sus aliados en la isla son los brujos y sólo la fantástica ciudad de oro y plata, la ciudad de los césares, su único puerto de destino.

La leyenda pudo nacer con el arribo inesperado de los veleros piratas, holandeses e ingleses, a los pueblos de los canales. Y la hipótesis no es desacertada.

Basta imaginar la repentina aparición de esos buques, cargados de velas, acribillados de cañones, a la mansa quietud de los canales y a la modorra de los míseros poblachos de tablas. Luego, el desembarco de esos hombres crueles, aros en las orejas, puñales entre los dientes, que no tienen piedad ni con hombres ni con mujeres y cuya soldada es el botín.

Raptos de muchachas en una aldea, para desembarcarlas en otra isla, después de haber saciado los apetitos de oficiales y marineros; incendio de las míseras barracas y saqueo de huertas y corrales.

Y de pronto, al menor amago de resistencia, la fuga hacia el Norte. El blanco velamen que se pierde tras el espolón de

una isla o en los cendales de una neblina invernal. Y en un pueblo sumiso, explotado por el encomendero y el fraile, el barco misterioso que tripulaban hombres libres, sin respeto al Rey y a Dios, debía transformarse en un paraíso marítimo, en buque de arte, rival del cielo de los jesuítas y franciscanos.

Así se consolaba el mestizo de la ruda corta de cipreses en la humedad de las selvas isleñas de las Guaitecas o de los estuarios cordilleranos o del charqui y tablas de alerce que debía entregar al encomendero en calidad de tributo o al misionero en calidad de diezmos.

El primero los embarcaba al Perú y los volvía a cobrar centuplicados, en azúcar, chancaca o pisco; el segundo, con procesiones ostentosas o con el hábil sistema jesuítico de interesarlos en las ceremonias por medio de fiscales y supremos, nombrados entre los vecinos más ricos.

Veamos, ahora, cómo la leyenda cambia al aplicarse a casos concretos y cómo se sutiliza, provocando las más inesperadas consecuencias.

El hijo de un tendero de Ancud desaparece del pueblo en forma misteriosa. El padre no manifiesta por ello dolor alguno ni siquiera intenta buscarlo.

La explicación es muy simple para la mayoría de los ancuditanos. El joven perdido está a bordo del Caleuche y la riqueza del comerciante, cada día más cuantiosa, está ligada al buque de arte.

Alguien afirma haber escuchado ruido de cadenas de ancla, chapoteo de remos en la noche y hombres desconocidos que desembarcan bultos de mercaderías en el muelle de la Casa comercial.

Tal es el caso más frecuente. Viene a equivaler al pacto con el diablo del centro de Chile, pero sin el tétrico velorio en vida del Fausto Criollo.

Oí en Quemchi una aparición verdaderamente artística del Caleuche y a todas luces, verídica. Una barca, cargada de

tablas de ciprés y de alerce, está a punto de partir al Norte. El Capitán gestiona el zarpe en tierra.

Es una tarde limpia de fines de Enero. Brillan al sol los papales reverdecidos. Un cielo de suave tono celeste envuelve el paisaje. Voces de cargadores en los costados del buque, chillar de grúas, silbar de remolcadores que llevan lanchones atestados de tablas. La vida de un puerto chilote y en un buen día estival. El canal es todo quietud azul, junto a los bosques y a las casas blancas.

De pronto, el agua se parte en suave murmullo. Chorreante, aparece la cabeza chata de un lobo marino que da una vuelta completa en torno del buque y se encarama en la plataforma inferior de la escala, como si fuese la roca donde vive.

La faena se detiene. Todos observan el extraño fenómeno. Uno de los cargadores, con un remo, empuja el lobo al agua. El animal se zabelle, da una nueva vuelta y torna a la escala. El cargador va a empujarlo otra vez, pero una voz enérgica lo detiene desde a bordo:

—¡Ejalo, Faustino! ¡No lo toquís! Es el Caleuche, no más.

Es el viejo contraamaestre del buque el que habla. Todos enmudecen y esperan. En el silencio trágico, pasa, invisible, el aliento de lo sobrenatural.

El viejo se dirige a todos y con voz amedrentada trata de explicar:

—El Gualtecas (es el nombre del buque) no puede salir. Si sale, se va a pique y no volveremos más a Quemchi.

Luego el lobo, cuyo cuerpo lustroso palpita en fuertes aspiraciones (¿un animal cansado quizá?) se echa al mar y desaparece.

Y cuando el Capitán torna a bordo, la tripulación con sus ropas, va bajando la escala. A pesar de sus gritos e insultos, todos vuelven a tierra y el barco debió esperar meses antes de zarpar al Norte.

Suele obrar, a veces, el Caleuche como una deidad ven-

gativa, indignada por la codicia o los malos instintos del hombre.

Me contaron en Cucao el caso de un campesino que bajó a la playa en un anochecer tormentoso. Estruendosas, se partían las olas en las rocas.

—¡Qué medios rollos de agua, señor!—acota el chilote.

A pesar de la obscuridad, el campesino vió un bulto blanco en la playa. Creyó en un golpe súbito de espumas, pero el manchón blanco persistía en las sombras, a pesar de haberse retirado la ola.

Al acercarse, ve que es un enorme lobo blanco que dificultosamente se va arrastrando hacia el mar. Lo persigue a palos y piedras, hasta dejarlo aturdido. Lo ultima de un balazo y empieza a descueralo ágilmente. Piensa en el asombro de sus vecinos y de su familia, al llegar a su casa con la maravilla de ese cuero blanco.

Pero mientras él descuera al lobo, a algunas cuabras de distancia, su mujer recibe la visita de cuatro caballeros de rostro pálido, vestidos de blanco. Blanco es, también, el bote que los condujo a la playa, blancos los remos, blancos los remeros.

Preguntaron por el dueño de casa en un idioma que la buena mujer no entendió. Así se lo cuenta a su marido, cuando éste vuelve a la casa.

La noche no fué sino aullar de viento y rugir de olas cólericas.

—¡Qué medios rollos de agua, patrón!—Vuelve a repetir mi interlocutor.

Al día siguiente, el hombre volvió a la playa. Los restos del lobo habían desaparecido y en su lugar quedaban unos mechones de cabellos rubios. ¿Acaso el recuerdo de los rubios piratas de Holanda?

Su vida, en adelante, está llena de trágicos presentimientos.

Va en su bote, una tarde y una obscuridad de noche lo sorprende antes de la puesta del sol. El mar, sin que haya tormenta, se eleva en una inmensa ola obscura que no revienta. Un resplandor azul destiñe la sombra y en el halo de luz, se crispa una mano roja que sostiene de los cabellos un cuerpo convulsionado por el dolor.

El hombre muere poco después y un brujo, sacerdote de esta religión panteísta, se encarga de explicar a deudos y amigos que el lobo blanco era un tripulante del Caleuche y que la mano roja fué el anuncio del próximo fin de su matador.

Junto al Caleuche hay otras creaciones antropomórficas de la imaginación de los chilotes.

El Thrauco, por ejemplo, especie de sátiro que persigue a las muchachas, despertándoles sus instintos sexuales. Vive en los huecos de los árboles viejos y usa unas polleritas de quilineja que le tapan la cintura con sus fibras tiesas. Un sombrero cónico, tejido de las mismas fibras, cubre su cabeza. Lo que recuerda los trajes y sombreros también hechos de fibras vegetales que usan en Tahití y en las islas del mar del sur, los indígenas de origen polinésico.

Y el Imbunche, ser deforme que lleva la cara vuelta hacia atrás, la Pincoya, hada del mar que acumula, según su capricho, peces y mariscos en las playas donde vive, el Caballo Marino que personifica las olas y las mareas y sirve para trasladarse al Caleuche, lo que impide que el buque de arte utilice botes para comunicarse con la tierra.

La mayoría, sociedad de brujos, cuyos adeptos viven entre los hombres, llamados *los limpios* por ellos, son el lazo de unión entre la vida cotidiana, agotadora y mísera y el otro mundo donde el rico y el pobre, el comerciante y el pescador, el acreedor y el deudor, están sometidos, sin que les valgan sus riquezas y amistades, al mismo destino, a la implacable nivelación de un poder superior y extra humano.

Si el chilote ha encontrado una solución a su problema económico por medio de la emigración temporal y un beleño a la tragedia de su vida, mediante la creación de un más allá, hecho a su medida, el resultado en la práctica no es muy halagador, aunque haya tipos humanos que encarnen altas condiciones intelectuales y de hombres de acción.

En general, el chilote no es franco, aunque sea bueno. Su esclavitud de siglos lo hizo disimulado y astuto. La influencia de los jesuitas, aun latente, recelosos e hipócritas.

En las ciudades chilenas del continente, el antagonismo entre el terrateniente y el pueblo produjo al roto, curiosa sobrevivencia de todas las rebeldías raciales del bajo pueblo.

En Chiloé no existe el roto, aunque haya algunos casos aislados que recuerden lejanamente el fenómeno. Más se acerca al huaso, enraizado en la hijuela y siempre deseoso de adquirir un pedazo de tierra que le pertenezca; pero se diferencia de él por su decidido empuje para emigrar, para juntar centavo sobre centavo y volver al rincón nativo, rico y poderoso. Es la revancha de su pobreza y es su fuerza, al mismo tiempo.

Evoco con afecto, la figura extraordinaria de aquel chilote de Chonchi, don Ciriaco Alvarez, a quien el Sur llamó el *rey del ciprés*.

Lo conocí al final de su vida, en la época de su decadencia. Era un tipo excepcional de chilote: alto, huesudo, de voz áspera y arrogante actitud.

Vestido como un cualquiera y con sus viejas ropas llenas de remiendos y de manchas, lo ví hablar juvenilmente de su nueva vida, de los cipreses que cortaba en las Guaitecas, en Melinka, donde aún tenía una casa.

Había sido rico, nada menos que un rey por su generosidad y por sus gestos de gran señor, pero ésto lo había borrado de su vida. No recordaba sus influencias políticas con grandes señorones santiaguinos ni sus banquetes célebres en Chonchi

ni su flota de veleros, las bodegas repletas del oro del ciprés y del alerce.

A los 60 años comenzaba de nuevo. Volvía a empuñar el timón de la última goletita que le quedaba, como cualquiera de los tripulantes y al mar otra vez.

Acuchillado y cetrino el rostro, parecía un Quijote práctico. Los ojos de sus conterráneos seguían la ágil silueta del anciano en sus correrías de su casa al muelle, del muelle a su casa, mientras los marineros, como en una factoría medioeval, llevaban al hombro los sacos de provisiones, harina o papas, para los aserraderos instalados en los cipresales de húmedas islas, al sur de Chiloé.

Oí de una apuesta entre los marinos de uno de esos vaporcitos que recorren los canales y don Ciriaco Alvarez, que recuerda el antojo algo pueril de un caciquillo del trópico.

Don Ciriaco poseía un caballo de gran resistencia. Apostó un asado al palo y el vino para la comilona, a que su caballo llegaba a Castro, desde Chonchi, antes que el remolcador por el canal. Y el caballo llegó algunos minutos antes, pero en tal estado que su propio dueño lo mató de un balazo.

Supe, también, de una barca de su propiedad, cargada de madera y papas que se varó en el canal de Chacao y cuyo salvamento habría sido posible, mediante la ayuda de un remolcador. Don Ciriaco dejó perderse buque y cargamento o por no gastar el dinero que exigían los remolcadores de Puerto Montt o por considerar que un capitán chilote no debía vararse en los conocidos bajos del canal.

Rasgos que denotan una naturaleza voluntariosa, pero de auténtica raíz varonil.

Otros han heredado o imitaron sus aptitudes comerciales, pero sin poner en ellas su simpatía humana y sus gastos desprendidos, de cepa tan española.

El comercio chilote de maderas y papas, de quesos y jamones, lo resucitó don Ciriaco como en la época colonial, pero

en lugar de las telas vistosas, de los mantos de espumilla o de los cancos con aterciopelado pisco peruano, eran ahora, cóndores de oro, hermanos de esas onzas, lucientes y macizas, las mismas que aquella chilota romántica mostraba al náufrago Byron para decidirlo a quedarse en las islas.

El huiliche Caicumeo es otra alta figura chilota. Yo lo asocio a aquel alercero Pichi Juan, a quien Pérez Rosales encargó de abrir un camino en la selva de Chan-Chan, hacia el canal de Chacao.

Tal vez alercero como Pichi Juan, así se explica su prodigioso instinto de orientación. Un gobernador español, debió ser un hombre inteligente, lo encargó de abrir un camino entre Ancud y Castro, amenazado constantemente por los piratas ingleses y holandeses. Atravesó Caicumeo la selva pantanosa de muermos y olivillos, corazón de troncos y ramas de la isla en esa época, y llegó un día a Castro.

La misión se había realizado. Yo me imagino la ágil figura de ese indio, héroe de epopeya, cortando quilas y boquis con su hacha, derribando árboles que caerían con sus nidos y sus enredaderas añosas y descansando otras, la cabeza morena apoyada en la tierra, mientras los pájaros cantaban en la ramazón o el chucao reía en el enredijo de los tepuales.

Camino de Caicumeo lo llama aún el pueblo y es el único recuerdo a su memoria. Hoy, un ferrocarril cruza ese camino y aldeas y fundos prosperan en su cercanía. Caicumeo es la evolución, dentro de la vida colonial, entregada a sus propios recursos, de aquellos huiliches anónimos que, estacionados a lo largo de los Cabos de la Isla Grande o en otras islas más pequeñas, anunciaban por medio de humaredas, si el tiempo lo permitía, la aproximación de los barcos corsarios en el golfo de Corcovado y de Guafo.

La pintoresca telegrafía aérea era rápida, mucho más que la marcha de los refuerzos por los canales o por tierra, a través del espesor de los bosques. Caicumeo conectó la telegrafía

primitiva con un camino recto, pero de sus precursores, los indios isleños, encargados por los españoles de los humogramas, no hay sino noticias verbales.

Sin embargo, en viejos títulos coloniales, según el testimonio de un caballero de Ancud, se habla de una isla del Archipiélago de Chauques, cedida por el Rey de España en forma vitalicia al indígena Juan Chodil y a sus descendientes, en premio a sus servicios como señalizadores.

Pero también la raza de Chiloé produjo al héroe negativo, al rebelde, al siervo escapado del rigor de la encomienda, especialmente entre los payanos de las costa sur de la isla.

Y estos hombres, por la fuerza de las cosas, operaron en el mar, fueron piratas implacables y sanguinarios. Es como si Juan el Negro y Brower hubiesen dejado una semilla de inhumana crueldad en la costa isleña.

En sus hechos, abordajes o crímenes, debió entrever el pueblo algún oculto sentido de reivindicación social, pues los romances y décimas populares los justificaron, convirtiéndolos en víctimas de los ricos, de los poderosos que cegaron, por codicia, las fuentes de la compasión y de la piedad humana.

Ñancupel y Nahuelhuén son hermanos marítimos de los bandidos coloniales, Neira o el Cenizo o de Ciriaco Contreras, de fines del siglo XIX. Las raíces huiliches de esos nombres tienen algo de simbólico: *Ñanco*—aguilucho—y *Nahuel*—tigre.

Y astutos como aguiluchos y crueles como tigres, fueron estos piratas y muchos otros que los imitaron en el llano de olas agitadas del golfo de Guafo, en constante alerta a la orilla de las selvas de pequeñas islas abandonadas.

Atacaban las lanchas con provisiones para los loberos, acampados durante meses en las rocas donde están las loberías o cuando los botes o goletas volvían a los puertos del sur de Chiloé, con sus bodegas atestadas de cueros de lobos o chungungos.

Excelentes tiradores, desde lejos derribaban a los tripulan-

tes de los barcos, sin perdonar uno solo. Era la clave de su impunidad. Así, en Chonchi, en Ancud o en Castro, los parientes de los loberos se imaginaban que los *finaitos* vivían cómodamente, sin la árida preocupación de ganarse la vida, en el Caleuche o en la paradisíaca ciudad de los césares.

Ninguno confesó en forma explícita sus muertes o piratearías. En esto fueron medularmente chilotes. Y la leyenda los cogió por su cuenta. Dieron material al viejo o a la vieja isleña para sus consejas, en torno a las brasas rojas y junto a la sinfonía de los vientos y las lluvias.

Se rumoreaba en todas partes, en las casas y en la calma de las navegaciones, que las pieles robadas y las mercaderías de los bastimentos, eran vendidas a bajo precio a los mismos comerciantes de Castro, Chonchi o Quellón que los cedieron a plazo a los loberos, algunos meses antes.

Y la riqueza del tendero, para la masa popular, tuvo otro origen, además de la protección del Caleuche. Ahora, se basaban en el robo inmoral, en la explotación insidiosa del lobero y del propio bandido.

Tales piraterías fueron posibles en la época de los buques de madera, pues los piratas, cuando se trataba de goletas o bergantines, se acercaban en las noches tempestuosas y trepaban, clavando sus puñales en la tablazón del casco.

El primero que llegaba al buque mataba al centinela, descolgando una cuerda para que subiesen los demás.

En el cañón de su carabina, Nahuelhuén tenía ciento veinte rayas que correspondían a ciento veinte muertes.

Tanto Nahuelhuén como Ñancupel, murieron con valentía. Casi estaban orgullosos de sus hazañas. Se creían héroes y dentro de la secular mansedumbre de los chilotes, evidentemente lo eran.

Nahuelhuén, al ser colgado (era la época casi colonial de los rollos en las plazas públicas) observó que los soldados habían olvidado la cuerda para ahorcarlo.

Se desató la que sujetaba sus pantalones y dijo:

—¡Aquí tienen! ¡Esta ya no me sirve!

Ñancupel, más humorista, se palpó el vientre y se dirigió a los que lo rodeaban en la forma siguiente:

—Ya el ovicha está gordo y puede carnearse.

Y esta frase encarna en su comicidad ingenua la tragedia económica de los chilotes, explotados hoy como lo fueron en la época de la encomienda colonial.

Darwin, que conoció las islas, habló de la tristeza, empapada de lluvia de sus paisajes.

Alguna razón tenía, aunque olvidó a su país natal, transido de humedad y de nieblas espectrales.

Las Islas Británicas, según un viajero chileno, recuerdan el ondulado paisaje chilote, su verdor primaveral y la nota gris de sus inviernos, descontando, como es lógico, el progreso de las populosas urbes y de las fábricas inglesas.

Aun en los días soleados del verano, el vapor de agua impregna el aire y la tierra. Cielo de un lejano azul, colina verde clara salpicada de cristales acuosos, quietud espejeante de los canales, donde el triángulo de una vela parece estacionado, aunque sabemos que va navegando; de todo, brota una melancolía soledosa que acongoja hasta el desconsuelo.

De las masas de bosques que ennegrecen las costas, sale el vuelo silencioso de la bauta agorera, tal un retazo de sombra que tuviese alas. Las Iglesias, a la orilla de las playas, parecen abandonadas y si hay algo que angustie hasta la exasperación, son los minúsculos camposantos que siempre les hacen compañía.

En las pobres cruces de madera sin pintar, los nombres de los muertos están escritos con lápiz. Basta una de estas lluvias violentas del archipiélago para que esas letras desaparezcan y el anónimo destino del pescador y del marinero chilotes, se muestren en toda su trágica desolación.

En la primavera, entre las cruces desaspadas o caídas en el barro, el pasto nuevo pone su anémica sonrisa verde clara.

Y por último, el cielo de Chiloé. Nada más impresionante que ese cielo inmenso, en el borde del cual trazan las islas su raya de sombra.

Vasto escenario de las andariegas nubes del sur. Ya rápidas y livianas como velas cangrejas combadas de viento, que dejan pasar un sol pálido en un haz de rayos metálicos o ya el asalto de los nubarrones negros, monstruos preñados de agua, que envuelven al archipiélago entero en su escalofriante ceniza oscura.

Si hay algo típico, lleno de cósmica sugerencia de pueblo primitivo, es el juego de las mareas y su influencia en la vida del chilote.

Vuelvo a evocar la leyenda isleña, en que se pinta la lucha entre las serpientes Cay Cay y Ten Ten que representan, en mi concepto, el canto de las crecientes con sus olas pululantes de peces y de la microfauna del mar y el rumor de despedida de las vaciantes, abandonando las playas.

El nacimiento del niño y la muerte del anciano, el alumbramiento y la agonía se conectan con la marea que invade las playas o las dejan descubiertas como un escenario sin actores.

Allí, entre las piedras enlodadas, abren sus patas torpes las pancoras, duermen su sueño de piedra las machas y los quilmahues de sabroso corazón, y las ostras, abiertas sus conchas de nácar, reciben el flujo de la corriente, donde flotan los filamentos verdosos de los algas que constituye su alimento.

Y en la orilla misma, semejante a un viejo rito del dios del mar, en un hoyo abierto en la arena, sobre piedras recalentadas al fuego, se unirán los mariscos en el *curanto*, resumen de Chiloé, como la paella lo es de la albufera y la huerta valenciana y el puchero de la meseta de Castilla.

Porque al choro y a la macha se han de agregar las papas autóctonas y sus derivados, el milcado y el huilquén, que absorben en los poros de su carne blanca o dorada, el jugoso destilar de los mariscos, exprimido por el vapor.

Así la papa recibe al mar y el marisco a la tierra, porque el Curanto es la colaboración de la colina y el mar, una sobrevivencia de épocas casi prehistóricas y de pueblos que vivieron hace miles de años en las islas.

Las bocas semi abiertas de los choros y machas, chorrean el espeso líquido que el vapor ha soltado de sus moléculas. Las bocas de los buenos chilotos se abren, también, en una litúrgica beatitud, pues si no lo hacen, las valvas de los choros no se abrirán y se perderá la santa oportunidad de gustar el delicioso regalo del mar, amigo cordial de Chiloé.

Una tarde, la garúa lloraba sobre el paisaje, me embarqué en Chonchi, en dirección al sur.

En el agua espesa de los canales, los delfines, las tuninas del mar, daban saltos como perros juguetones que acompañan a sus amos por el campo y a ratos corrían a ras del agua plomiza, chirridos agudos que supuse roce de poleas o cadenas, pero que eran, en realidad, como gritos alegres de los delfines amigos.

Las velas blancas de los botes se agrisaban en el día nublado. En sus vuelos infatigables, pescaban los chelles de las islas. Ibamos a atravesar en breve el Golfo de Corcovado.

La Isla Grande era un borrón negro, al cual decoraban con una orla blanca las olas, cada vez más audaces de la creciente. Era la hora de la serpiente Cay Cay. Dábame la impresión (sufría la influencia del mito) que la isla se iba disolviendo en el Océano como un gran trozo de tierra blanda.

Llegó la noche negra, rayada por hilos de lluvia. No se movió el pequeño barco, remolcador adaptado como buque de pasajeros, en la travesía del Golfo. Amanecimos fondeados frente a Melinka, en las islas Guaitecas. Un grupo de casas

con corredores parecían incrustadas en el muro espeso de la selva. Eran las casas de don Ciriaco Alvarez.

El día no tuvo aurora. Había cesado la lluvia, pero enormes escuadrones de nubes se atropellaban en fuga hacia el sur-este. A mediodía, el cielo se despejó rápidamente. En unos instantes no quedó en el aire ni el más ligero vellón de nubes. Los blancos nublados desaparecieron milagrosamente. O el mar se los tragó como al agua de las lluvias o se volvieron cielo azul, cristalino fulgurar de vapores en la atmósfera, traspasada de luz.

Los bosques perdieron su hosco ceño y las copas de los coigües se ribetearon de vivos toques de oro verdoso.

Al partir el barco, vi en la orilla de la playa una escuadra de patrancas, los pequeños pingüinos de Chiloé. Se alineaban como minúsculos soldados en la arena. Le formaban una greca de encarrujada blancura a la playa, pero el ruido de la hélice los asustó y se echaron pesadamente al agua. Sus blancas pechugas parecieron la espuma petrificada de una ola que volvía de nuevo al mar, después de haber chocado en las rocas.

Navegamos durante horas por apacibles canales azules entre islotes verde claros, de cuyo seno surgían trinos de pájaros y a veces el albo vuelo de una garza, únicos habitantes actuales de estas islas, donde, según el Padre García, vivieron numerosas tribus de payanos y de chonos en los primeros tiempos de la Conquista.

Eran tan numerosas las islas y tan complicados los canales que recordaban las calles de una ciudad, medio sepultada por las aguas.

Puerto Americano era el próximo punto de destino.

A bordo iba una colonia de choreros que desembarcaría en la Isla. Se componía de un buzo y varios hombres. En la popa del vapor descansaban dos botes del mar del sur, la máquina de oxígeno y los monstruosos instrumentos que usan los buzos para bajar al fondo del mar.

Hablé con uno de ellos de la vida de los choreros en las islas. Era un chilote de Chonchi, reservado, pero cortés. Me habló de la pesca del choro, tan abundante en Chile como las corvinas y los fureles, pero que hoy día empieza a agotarse.

Hace cinco años los bancos estaban casi a flor de agua. En la costa norte de Chile, en la Quiriquina, en Corral y en todas las islas de Chiloé formaban como un cimientito de valvas negras a la costa entera. Era el alimento del costino, del chango y del alacalufe.

Hoy es preciso ir a buscarlo a las islas Guaitecas y a veinte brasas de profundidad.

En tupidos bancos, siempre en senos tranquilos, se amontonan los choros abriendo sus valvas, que semejan bocas de peces voraces entre los robalos de ágiles aletas y sus enemigos, las jaibas que meten sus duras tenazas entre las conchas y los devoran rápidamente, y las gaviotas, que los cogen con sus corvos picos y los dejan caer sobre las rocas, para engullirlos en rápido vuelo.

Hay muchas especies, me explicaba el chorero, además de los amarillos y los negros. Algunos de prodigioso grandor. Los choreros los llaman, a causa de su tamaño y del color terroso de sus conchas, *ojotas de roto*.

Los choreros actuales no son ya los mariscadores costeños, del Norte y del Sur. La vida de campaña que llevan en las islas, bajo ranchos de ciprés, techados con calaminas y durante largos meses, les han formado una psicología peculiar, diversa a la del pescador que, al mismo tiempo, cultiva un pañizuelo de tierra. Son silenciosos y altaneros. Las tormentas no los conmueven y las eventualidades de su vida peligrosa, han endurecido su sensibilidad.

Recuerdan a los balseros de los ríos de la frontera o a los loberos de Chiloé y Magallanes, cuya vida depende de su resistencia física o de su habilidad para sobreponerse a la furia del mar o a la asechanza de las corrientes.

(Continuará).